

HOMENAJE A DON FRANCISCO CODERA*

(1836-1917)

Por EMILIO GARCIA GOMEZ

de la Real Academia Española

Si la presente conmemoración se hubiese celebrado, como estaba previsto, en parecidas fechas del año anterior, habría llevado en ella la voz don Angel González Palencia, que a su reconocida autoridad añadía el privilegio de haber conocido a don Francisco Codera en sus últimos tiempos. Pero la prematura y trágica desaparición de mi colega, al echar del todo sobre mis flacas espaldas la jefatura de los arabistas españoles, me ha dejado esta manda testamentaria, que, como las demás, quisiera cumplir con escrupulosa piedad. Sé que vosotros nada ganáis con ello; pero me lisonjea pensar que, en cambio, no pierde la fama de Codera, pues de su ininterrumpida vigencia dará más claro testimonio el que hayamos bajado un eslabón más en la cadena de sus sucesores, y el que hoy tenga el encargo de hablaros de él un bisnieto espiritual suyo, que ya ni siquiera lo conoció.

Ceremonias como la presente se ajustan a dos tipos muy diversos, pues o bien son panaceas contra el olvido, resurrecciones de un nombre, anclas de una fama que las olas del tiempo quieren llevarse implacables de la bahía del recuerdo, o bien, por el contrario, son fruto normal de un culto conservado y entretenido con celo. Parece inútil

* Discurso leído en el acto que, organizado por varias entidades científicas, se celebró en Fonz (Huesca) el domingo 11 de junio de 1950 para honrar la memoria de don Francisco Codera y Zaidín, con motivo de la colocación de una lápida en la casa donde nació.

añadir que la nuestra ostenta este segundo carácter. La celebridad de don Francisco Codera no se ha apagado, para que sea menester soplar en su rescoldo. Todo lo más se ha empañado un poco lo anecdótico, como es irremediable, y se han hecho un poco más borrosos los contornos de su daguerrotipo personal; pero ello ha servido para que crezca el lado sustantivo y esencial de su renombre, vivo en lo científico y convertido en lo moral en claro símbolo, casi legendario.

Decía yo no haber conocido a Codera, y claro es que esta aseveración es del todo cierta en lo que atañe a la persona; pero, por otra parte, no sé si puedo decir—así, en abstracto—que no lo he conocido. Vengo, en efecto, con mis compañeros de expedición de su propia casa madrileña, donde aún se conservan algunos de sus muebles y en cuyas paredes todavía penden, invadidas por la sepia de los años, las fotografías a que él puso marco. Ayer mismo, como todos los días, manejamos en el que sigue siendo hogar de nuestro trabajo fichas—algunas de sus famosas fichas—repletas de su letrita regular y correcta, y manejamos libros que fueron suyos, que él compró y anotó, y que todavía ostentan en la portada el pequeño óvalo en tinta roja con que marcaba su pertenencia. No diré que todos los días, ni que vaya a durar mucho, pero aún se oye a veces entre aquellas paredes que esta cosa «no le gustaba a don Francisco», y que tal cachivache es «de los tiempos de don Francisco». Su atmósfera, convertida en tradición, sigue pesando sobre todos nosotros como una influencia inderogable.

No podemos aspirar, sin embargo, a ser los únicos depositarios de su recuerdo, y vosotros que veneráis la memoria del Codera familiar y agricultor, o del Codera gran patricio de estas tierras aragonesas, tenéis como herederos títulos igualmente legítimos, aunque diferentes. Hoy es día de que los careéis y fundáis con los nuestros, que son únicamente los del Codera hombre de ciencia y fundador de una escuela: los del Codera arabista.

Poseemos algunas pequeñas biografías de don Francisco Codera y, sobre todo, la elocuente y completa semblanza con que don Eduardo Saavedra prologó los *Estudios de erudición oriental* que los discípulos y amigos, españoles y extranjeros, de Codera dedicaron a éste en 1904. Quiere decirse que sabemos con suficiente pormenor las fechas y las etapas de su formación científica, que anduvo mucho tiempo fluctuando entre la carrera eclesiástica, la Teología, las ciencias exactas, físicas y naturales, las Leyes, la Filología clásica y la lingüística moderna

hasta desembocar a la postre en los estudios arábigos, cuando en 1874 —a los treinta y ocho años— obtuvo por concurso la cátedra de Lengua árabe de la Universidad de Madrid. Pero nadie nos dice, y ya es imposible que nadie nos lo diga, ni creo fácil rastrearlos, cuáles fueron—si es que el azar no gobernó todo el negocio—los últimos móviles que determinaron esa vocación tan relativamente tardía. Aunque a sus dos apellidos puede buscárseles progenie arábiga, y aunque Aragón haya pesado tanto y tan hondo en los anales musulmanes de nuestra patria, se hace raro que, sin tradición visible con que empalmar, Codera, tanto tiempo ocupado en disciplinas muy distantes, se erigiera de golpe en campeón de una materia entonces exótica y poco frecuentada, con escasa trayectoria científica incluso en el extranjero, y que, además, la acometiera, no como nosotros lo hemos hecho con más comodidad, es decir, siguiendo y ahondando un surco ya abierto, sino reaccionando bastante radicalmente contra los métodos que a la sazón se estilaban. ¿Le vino acaso la idea en Granada, donde fué unos años catedrático de Griego? En todo caso, en aquella Universidad, que conozco bien, por haber profesado en ella, no dejó rastro. Su arabismo es enteramente madrileño. Nunca tal vez averiguaremos la verdad.

Algunas veces, y siempre sin éxito, he recomendado a los aspirantes al doctorado que eligiesen como asunto de su tesis la evolución del arabismo español, arrancando de la Edad Media para llegar hasta nuestros días, pues sería, a mi juicio, una calicata fecunda en nuestro pensamiento científico a la vez que una historia por extremo divertida. A falta de ella, intentemos imaginarnos sólo aproximadamente, cuál era el panorama del arabismo científico e internacional cuando Codera inicia su labor en dicho terreno. En Europa—donde el Barón Silvestre de Sacy, hacía menos de un siglo, había fundado en serio la gran tradición orientalista—refulgía, casi sin rival, el astro de Dozy. Del que hoy llamamos el Oriente medio, se sabía muy poco en los centros universitarios, y todo lo más llegaban algunos libros. Marruecos permanecía amurallado, como una China occidental, y sólo Argelia y la Regencia de Túnez, en las que surgía un orientalismo llamado a más altos destinos, proporcionaban a los europeos un fácil punto de contacto con el Islam moderno. ¿Con qué arabistas contábamos entonces en España? No eran gran cosa. Muerto el curioso arabismo hispano de la Ilustración, esfumada ya la un día brillante estrella de Conde, el pseudo-orientalismo romántico se había extinguido también con la inolvidable figura de aquel gran escritor que fué Estébanez Calderón, «El Solitario» (†1867).

Gayangos, el más directo antecesor de Codera, que había de morir en Londres el 1897, era más bien un aficionado distinguido aunque notable; un dócil secuaz de Dozy, cuyos sofiones soportaba impertérrito; un anglómano con mundo, a caballo entre el árabe y la literatura española; coleccionista, bibliófilo y hasta acaso ligeramente bibliopirata. Los demás, aun siendo algunos sobresalientes, como Lafuente Alcántara, muerto prematuramente en 1868 (nada más lejos de mi ánimo que hacer ahora aquí una enumeración completa, fuera de lugar), contaban poco, por su escaso radio o su corta vida, a excepción de Simonet, el más distinguido contemporáneo de Codera (muerto como Gayangos en 1897), cuyo indudable talento nublaban su casi nula habilidad pedagógica y el espíritu de partido antiárabe que falseaba su visión de nuestra Edad Media.

Frente a todo lo que estos nombres significan, veamos qué hizo Codera y cómo lo hizo, advirtiendo que voy a intentar ponerlo de relieve—claro que muy brevemente—con entera libertad de juicio y de expresión, pues contra el parecer de muchos y, entre ellos, de algunos de mis amigos, creo que el panegírico desmedido es perjudicial, o, en el mejor de los casos, anodino, y que no hay posibilidad de biografía sin claroscuro, pues la luz de los méritos no puede resaltar sino al contraste de la sombra de los fallos, inherentes, por lo demás, a toda naturaleza humana.

No tenía Codera dotes de escritor, a lo menos en eso que hoy llamamos prosa artística, aunque redactaba, naturalmente, con precisión y esmero nada comunes. No sé si esto es un defecto. Lo que sí sé es que, aun caso de serlo, tuvo para él la excelente virtud de alejarlo de la garrulería y de la hinchazón retórica tan extendidas en la falsa ciencia de su época. Sus escritos tienen así una frialdad científica de estremeceadora novedad para aquellos tiempos. Su dedicación a la especialidad fué tardía pero completa, y no mezcló su profesión con ninguna otra, con lo cual el orientalismo español perdió asimismo en él ese matiz de simulación y de diletantismo pintoresco que tiene en bastantes de sus predecesores y colegas dentro del siglo xix. El es ya, como Simonet, un puro profesional del arabismo.

No estaba tocado del morbo de la bibliopiratería, aunque no le faltaron ocasiones de contagio ni tentaciones de adquirirlo, y ni siquiera fué coleccionista, como tantos eruditos de aquellas calendas. Tampoco custodiaba sus muchos libros con celosa guardia cancerbera; antes por el contrario, los prestaba incluso a desconocidos, con el más insólito

desprendimiento. «Más quiero perder alguno de mis libros—decía, según contó Menéndez Pidal al recibirlo en la Real Academia Española—que no guardarlos inútiles en el estante cuando alguien los necesita». Y cánones son éstos que él instituyó y que nosotros hemos procurado mantener vigentes, pues ni desde entonces se ha negado nunca en nuestra escuela un libro a quien lo ha menester, ni jamás se ha adquirido un libro o manuscrito simplemente por la preciosidad o la rareza, sino tan sólo por la utilidad de su contenido.

Siendo hombre de arraigadas convicciones religiosas y de acendrada piedad, no era, como Simonet, antiárabe, sino, al revés, filoárabe, con amplitud de miras que nuestro grupo ha procurado también conservar siempre, y que han venido a coincidir—prueba palpable de su anticipado acierto—con la orientación de la apologética católica modernísima. Bien es verdad que esta manera de enfocar la civilización islámica procedía en Codera de la firmeza con que practicaba la cristiana y principalísima virtud—que muchos se obstinan con error en no considerar «cardinal»—de la justicia, a la que rendía devotísimo culto en esa y en todas sus actividades, pues, como suele decirse, era hombre que, cuando la justicia reclamaba sus fueros, «no se casaba con nadie».

También al revés que Simonet, era Codera admirable profesor, con extraordinarias dotes de maestro, y no digo de «pedagogo», por ser ésta una palabra nada grata en nuestra escuela. Casi raya en la genialidad la simplificación de la gramática árabe que logró, para hacer asequible a sus discípulos tan difícil idioma, en unos apuntes litografiados, de que han llegado a nosotros muchos ejemplares, como prueba del aprecio con que los estudiantes los guardaban. Su método es el mismo que, con insignificantes retoques, se sigue hoy con patente éxito en todas las cátedras españolas de árabe.

Procedía esta simplificación de su falta de engolamiento, de charlatanería y de pedantismo (nunca—nos dice Menéndez Pidal—ponderó «la importancia de la asignatura», sino que la demostraba andando); de su espíritu sistemático, claro y concreto; de su culto al hecho, que da a su obra un tinte, en el mejor sentido, «positivista», es decir, antirro-mántico y exento de todo género de prejuicios, rarísimo para su tiempo. Idéntica claridad, y por análogas razones, llevó a los estudios de numismática arábigoespañola, que tanto hizo progresar con muchas monografías y con su magnífico y todavía vigente *Tratado* (1879), que, naturalmente, no es un catálogo, sino una clave; y de la misma honradez dió muestras en sus estimables trabajos de epigrafía, que tanto con

trastan con las fantásticas y a menudo desvergonzadas «interpretaciones» (por llamarlas de algún modo) de Amador de los Ríos y congéneres. Su paciencia, su objetividad y sus dotes de observación le hacían repugnar la ciega aceptación no comprobada de cualquier criterio preconcebido o argumento de autoridad, y en la correspondencia que sostuvo con Dozy, que se conserva, se ve bien claro cómo con modesta firmeza logró vencer en ocasiones la soberbia del sabio holandés, que, a pesar de sus ínfulas de emperador de los arabistas, tuvo—porque era asimismo honrado—que cantar la palinodia ante su relativamente oscuro colega de Madrid.

Llegamos con esto al momento, difícil pero indispensable, en que hemos de hacer una observación esencial. Si algún timorato me escucha, sentiría—pero no me arredra—lastimarlo, porque, fieles a las enseñanzas de Codera, nos debemos a la verdad, y él desde el otro mundo nos anima a decirla. Codera—por lo tardío de su vocación y por el desierto de buenos antecedentes españoles inmediatos—no llegó a poseer con total perfección la lengua árabe; y él lo sabía. No podemos compararlo, en maestría filológica, con muchos extranjeros que fueron sus contemporáneos. Pero añadamos en seguida, para tranquilidad de nuestra conciencia, que su labor, justamente por no estar basada, sino todo lo contrario, en la vanidad y en el lucimiento personal, ha sido mucho más fecunda que la de casi todos sus colegas de allende y aquende las fronteras. Era un temperamento de fundador. Veía con maravillosa diafanidad que había que hacer la verdadera historia política y cultural de la España mulsumana y cómo había de hacerse; pero sabía desde el primer momento, porque era incapaz de simulación, que no la haría él, y con admirable espíritu de apostolado se dedicó a preparar los materiales para que la hicieran otros.

Sólo así se explican sus minuciosos trabajos metodológicos; sus precisas descripciones bibliográficas; la liberalidad con que sacrificó sus ingresos profesionales y su modesto peculio, mientras vivía como un monje, para formar, particularmente y sin ayuda de nadie, una riquísima biblioteca, a sabiendas de que en buena parte él no habría de utilizarla jamás; y el que pasara la mayor parte de su vida redactando millares y millares de papeletas, es decir levantando ascéticamente el andamiaje del futuro en ese fichero que hoy constituye el más útil y conmovedor de nuestros tesoros. Asombra pensar la modernidad con que Codera inauguró, por así decirlo, en España métodos que hoy se juzgan indispensables y que entonces eran poco menos que revolucionarios. Se

comprenderá lo que quiero decir, aunque las comparaciones sean odiosas, si pensamos lo que representan los montones de cédulas de Codera frente a aquel inmenso archivo viviente, pero no escrito, que era Menéndez y Pelayo, genial culminación de un tipo de erudición llamado a desaparecer como técnica. E idénticas dotes anticipadoras puso en la exploración de los tesoros bibliográficos orientales. Lo que, habida cuenta de los tiempos, representa, como idea rectora y como realización, su *Misión histórica en la Argelia y Túnez* (1888) es profético avance de lo que contemporáneamente ha llevado a cabo en el Africa del Norte la moderna escuela orientalista francesa. Muchas veces he dicho que la obra de Lévi-Provençal está contenida en germen dentro de la semilla de Codera.

No he hablado hasta ahora, y por su celebridad lo haré a toda prisa, de la más conocida de sus empresas, al mismo fin orientada; quiero decir, la edición de los diez volúmenes de la *Bibliotheca Arabico-Hispana*. Hoy, que la tenemos a mano, vemos con paladina evidencia que sin ella no podríamos dar un paso, y, aun con los medios de que actualmente se dispone, si no estuviera hecha, nos costaría ímprobo trabajo ponerla en marcha, tras mil cabildeos y la constitución de varios comités y la formulación de mil intrincados presupuestos. ¿Cómo lo hizo Codera? Como es historia archiconocida, repitámosla sin rodeos ni adjetivos. Hasta que el robusto hombro de Ribera apoyó la mole de los últimos tomos, los primeros los imprimió Codera solo, convirtiendo su propia casa en oficina tipográfica, donde los cajistas, que eran los alumnos universitarios, pagados del bolsillo del profesor, pasaban al plomo cientos y cientos de biografías directamente sobre los códices del Escorial. Una suscripción a 100 ejemplares del Ministerio de Ultramar era todo el apoyo oficial a la hazaña. Sólo pensar en ello pone los pelos de punta.

Sí; Codera, con heroica modernidad planeó la historia de la cultura musulmana en España, trazando unas líneas generales dentro de las cuales seguimos y tal vez sigamos moviéndonos por mucho tiempo. En ese edificio gigantesco y todavía en construcción, él, personalmente, puso algunos valiosos sillares, como su *Decadencia y desaparición de los Almorávides en España*, sus estudios sobre la reconquista pirenaica, su discurso de recepción—con tema filológico—en la Real Academia de la Lengua (1910), y, en fin, sus monografías, luego recogidas en los *Estudios críticos de historia árabe española*. Pero su labor de cantero, con ser bastante para haberle asegurado la celebridad, nada vale en parangón con su

genial instinto de arquitecto. La prueba es que, como cantero—para seguir usando esta imagen—se cansó pronto y, al fin de sus días, le fue ganando un perceptible escepticismo, sin duda exagerado, que no era sino deformación patológica de sus cautelas de método. «Una consulta dirigida a Codera—ha dicho Menéndez Pidal en 1910—suele tener un resultado desconsolador, porque, lejos de conducir a una solución, acaba en un encogimiento de hombros, gesto habitual del maestro». Traducidos gráficamente, esos encogimientos de hombros son los puntos suspensivos y los signos de interrogación que erizan sus últimos escritos. Pero aun esa hipercrítica era, a la postre, aleccionadora: «Bien recuerdo—sigue comentando don Ramón—lo educador que para nosotros, sus alumnos, resultaba ese ademán, por lo mismo que es tan poco frecuente».

Temo haber abusado con exceso de vuestra benevolencia, y voy a concluir en seguida con unas breves reflexiones sobre lo que antes he llamado temperamento de fundador de Codera.

Llevamos fama los arabistas españoles de ser un grupo homogéneo y compacto, unido por vínculos casi familiares desde hace cerca de un siglo, y se nos suele poner por modelo de unión y de continuidad que chocan con el feroz individualismo de nuestra raza. En efecto, así es, gracias en muy buena parte a don Francisco Codera. Y ojalá podamos seguir siendo así mucho tiempo, porque esa unión y esa continuidad no son un don gratuito, sino un tirante esfuerzo, perpetuamente amenazado, no sólo por las mudanzas de toda índole de los tiempos, sino también por ese azar, pendiente siempre de un hilo, que es hallar el discípulo valioso que pueda seguir adelante.

Tuvo don Francisco Codera muchos alumnos, que indudablemente o querían; pero, a pesar de las dotes de sacrificio, de proselitismo y de abnegación que antes he intentado ponderaros—bien fuese por lo difícil y arriesgado de la materia, bien por la sequedad y arisquez de su carácter, cuando no se le conocía en la intimidad, bien por la falta de dotes para esta especialidad entre los que le rodeaban—, la realidad es que no tuvo más que un verdadero discípulo: don Julián Ribera. Como éste era sencillamente genial, y como además encontró pronto su continuador y amigo del alma en otro discípulo suyo, no menos genial, que fué mi llorado maestro don Miguel Asín, la escuela—que, por una serie de felices azares, podemos llamar aragonesa—logró afianzarse fácilmente.

¡Qué satisfacción no sería la de Codera en sus últimos años, cuando vivía con Asín en Madrid, y veía realizarse muchos de sus sueños científicos y aun otros en que nunca pensó! ¡Cómo sentiría recompensados sus afanes y la abdicación de su cátedra que hizo en Asín, para abrirle un camino que se le presentaba difícil! ¡Con qué placer no le dejaría sin condición ni cortapisa sus monedas, sus libros y sus papeletas, contemplando elevarse gallardo el edificio proyectado y teniendo por asegurada su obra! Codera pudo comprobar con satisfacción en sí mismo que no hay recompensa científica equiparable a la fundación de una escuela, y que más que cien libros, vale dejar un discípulo capaz de mantenerse leal al pasado y de horadar nuevos cauces para el porvenir.

Desde la muerte de Codera mil cosas han pasado sobre nuestro grupo: iguales ejemplos de abnegación, de abdicación y de desprendimiento; luchas científicas y sonadas victorias; ampliación insospechada de horizontes y de medios de investigación; tragedias de la patria, y, por último, el paso implacable—y, en nuestro caso, siempre prematuro, cuando no trágico—de la muerte. Nuestras filas, si puede llamarse filas a un puñado de personas, hacen fieles cara al futuro, más asistidas de medios materiales, más ricas de una larga tradición, pero infinitamente más desvalidas, más diezmadas, desposeídas de la talla de los gigantes que nos precedieron, cercadas de nuevas solicitaciones y de inéditos problemas. Por eso me ha parecido providencial esta ocasión que nos habéis deparado de contemplar nuestra más honda raíz y de meditar sobre ella. La comparación no es nueva en mí; la hice hace tiempo: «Dentro de nuestra Escuela—dije entonces—Gayangos fué el terreno propicio; Codera, la raíz sustentadora; Ribera, el vigoroso tronco; Asín, la flor y el fruto». Corrijo ahora el tiempo verbal: Codera no «fué», sino que «es» nuestra raíz, porque, si el árbol vive, es porque la raíz sigue viva. Y justo es que, de cuando en cuando, para enfrentarse con mundos desconocidos, para evitar peligros y desviaciones, en suma, para aprender y para orientarse, las trémulas ramitas que somos los supervivientes y los actuales responsables de los destinos del arabismo español nos asomemos a esta raíz soterraña y todavía nutricia del sabio insigne cuyo recuerdo conmemoramos.

Con Ribera y Asín—es de justicia y sería absurdo no proclamarlo—la escuela de arabistas españoles ha progresado enormemente; pero nosotros no olvidamos a Codera, y él, desde su mundo mejor, seguramente tampoco nos olvida y se alegra de nuestro avance. Oficialmente

nos llamamos hoy con orgullo «Instituto Miguel Asín»; pero en la intimidad y como nombre familiar, queremos seguirnos llamando siempre como Ribera y Asín, aceptando el cariñoso remoquete con que los distinguían en confianza: «los Beni Codera».

